



NAVIDAD 2024*

“Un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”

“La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas:

Misa de la noche: Isaías 9,1-6, Tito 2,11-14; Lucas 2,1-14

Misa del día: Isaías 52,7-10; Hebreos 1,1-6; Juan 1,1-18.

En la fiesta de Navidad la liturgia prevé dos celebraciones: una en la medianoche, la tradicional “Misa del gallo”, que por razones pastorales suele adelantarse al anochecer del 24, y la Misa del día 25. Dos miradas sobre el mismo acontecimiento. La de la noche, centrada en el relato de Lucas sobre el nacimiento de Jesús en las afueras de Belén y el anuncio a los pastores; la del día que, haciéndonos leer el prólogo del evangelio de Juan, invita a una reflexión honda, teológica, sobre el misterio de la encarnación de la Palabra de Dios en Jesús de Nazaret. Dos miradas que se complementan y necesitan. La verdad histórica del nacimiento de Jesús en el tiempo, un tiempo que era de opresión, significado por la mención del emperador romano Augusto, y del empadronamiento para un censo que asegure la recolección de tributos que, de hecho, empobrecían más aún a la población; y la consideración teológica: el misterio de Dios que, “haciéndose carne” en Jesús, se ha hecho compañero indelible de la historia de la humanidad.

En la misa de la noche, la lectura de Isaías 9: “Un niño nos ha nacido”, releída e interpretada por la comunidad cristiana a la luz del nacimiento de Jesús, nos confirma en la esperanza de que la salvación de Dios hace camino, paradójicamente en la historia humana, desde lo pequeño e insignificante, desde lo que Gustavo Gutiérrez llamó “el reverso de la historia”, desde los insignificantes. La paz duradera, el gran anhelo de Dios para la humanidad, se asegura en la práctica del derecho y la justicia, que son fruto de “el amor ardiente del Señor todopoderoso”. La carta de Tito expresa bien el sentido más

* Ciclo C

hondo de lo que celebramos: “se ha manifestado la gracia (el amor gratuito) de Dios, que trae la salvación para todas las personas”. El amor de Dios, que ofrece y convoca a la salvación –comunidad amorosa con el Padre y comunidad fraterna con las personas-, constituye el más profundo sentido de Navidad. Incluso en las formas más secularizadas, la referencia al amor, a la reunión en familia, el recurso y el gesto solidario con los que menos tienen, no dejan de mostrar una huella, aunque sea pequeña, de su significado original. Y puede valer la pena recordarlo y valorarlo. En este tiempo de hambres y de guerras crueles -¿qué guerra no lo ha sido?- resultan aún más significativos los pequeños gestos de cercanía, de cuidado y de solidaridad, a los que la Navidad nos motiva.

En la misa del día, la lectura del segundo Isaías anuncia ya como presente la pronta liberación y el regreso del destierro en Babilonia, lo proclama como un evangelio, “buena noticia”: que “ya reina Dios”, y por tanto hay lugar para la alegría y la esperanza: “Estallen en gritos de alegría... porque el Señor consuela a su pueblo”. La lectura del Primer Testamento desde la fe en su cumplimiento en el acontecimiento Jesús nos permite descubrir su sentido pleno y, a la vez, comprender mejor el alcance histórico salvífico del Nuevo. El nacimiento de Jesús en pleno corazón de la opresión es ya “buena noticia”, confirma que “ya Dios reina”, que es posible el despertar de la esperanza y de la alegría. El texto de Isaías continúa alentando a los desterrados: “¡salgan!”. Salir del mundo de la opresión y del viejo egoísmo para abrir caminos de justicia y de fraternidad. Navidad no es tiempo de repliegue y regocijo intimista; más bien impulsa a iniciar nuevos estilos de vida donde se haga perceptible que “ya Dios reina”, que la humanidad se hace más fraterna. El “consuelo de Dios” no es para la resignación pasiva, sino para encontrar en él aliento y fuerza para “salir” juntos hacia formas de vida más solidarias y fraternas.

La segunda lectura de la misa del día está tomada de los primeros versículos de Hebreos. Con lenguaje solemne se anuncia que “Dios habló antiguamente a nuestros antepasados por medio de los profetas, ahora en este momento final nos ha hablado por medio de su Hijo”, a quien presenta como “resplandor de la gloria del Padre e imagen perfecta de su ser”. Jesús de Nazaret, cuyo nacimiento celebramos, constituye la imagen humana más perfecta y plena de Dios. No solo la ternura frágil del niño es imagen de Dios. El Jesús, profeta de Nazaret, en camino permanente de cercanía y solidaridad hacia las personas sufrientes y olvidadas de su entorno, tachado por los sabios escribas y observantes fariseos de “amigo de pecadores”, de “comilón y borracho”, de acogedor de niños y de mujeres, pudo confirmar a sus discípulos en la cena de despedida antes de su muerte: “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14,9). La vida tan hondamente humana de Jesús constituye, al buen decir de Hugo Echegaray: “el mejor índice histórico de su divinidad”. En Jesús, de alguna manera, Dios se nos ha hecho humanamente visible y nos habla con palabras y gestos humanos. Navidad es un buen tiempo para ver, escuchar y actuar como Jesús y con Jesús.

Las dos lecturas del evangelio -decíamos- nos permiten dos miradas que se complementan. El relato de Lucas, de estilo más narrativo, sin pretender ser un reportaje, invita a una contemplación creyente de lo que cuenta. En el contexto histórico de la dominación romana –Augusto, el censo-, que obligó al desplazamiento forzado, sin

muchos recursos y seguridades, a la familia de José y María aconteció el nacimiento de Jesús, realmente en la periferia de Belén –“no hubo lugar para ellos (ni) en el albergue”- y en la mayor precariedad –“lo acostó en un pesebre”. En los alrededores sólo unos “pastores”, que ciertamente no era el oficio mejor rentado y estimado socialmente. El oscuro cuadro narrativo no auguraba grandes revelaciones. “Un ángel del Señor”, en el lenguaje bíblico Dios mismo que se acerca y quiere revelar -hacer entender – algo, que ilumina con nueva claridad – “la gloria del Señor los envolvió con su luz”- el sentido divino de lo que se narra: “Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. Les ha nacido en la ciudad de David, un salvador, que es el Mesías, el Señor”. ¡Pobres pastores! ¿quiénes son ellos para comprender el alcance de tal revelación? Por si necesitan alguna prueba contundente, se les ofrece una señal: “encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Lo de “envuelto en pañales”, se entiende, así ocurre con todos los recién nacidos; pero lo de “recostado en un pesebre” ¿no es justamente lo contrario de una prueba razonable y creíble? La revelación de Dios tiene sus caminos y argumentos desconcertantes. La fiesta continúa y crece –“se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial”-. Lo que sucede desborda todo lo previsible, conmueve el cielo y la tierra: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace”.

Los pastores -de esa gente de la que más adelante Jesús dirá: “estas cosas se las has dado a conocer a los sencillos” (Lc.10,21)- no necesitaron más explicaciones, se pusieron en camino, “fueron de prisa” (como había hecho María para visitar a Isabel) “a ver eso que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado”, Llegaron y “encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre” -¡la señal! de la acción salvadora de Dios por los caminos de la pobreza y de la insignificancia-, “Al verlo, contaron lo que el ángel había dicho de este niño”. Podríamos atrevernos a decir: los pastores evangelizadores de María y de José. Que lo sean también de nosotros. María, por su parte, protagonista y contemplativa de todo lo que sucede y escucha, “guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. Conservemos y meditemos como María todas estas cosas para vivir con sentido esta Navidad, reconociendo con ojos de fe a Jesús mismo en los desplazados de hoy, nacionales y extranjeros, en los hoy sin trabajo y sin techo, en las mujeres abandonadas y maltratadas, en los niños y las niñas expuestos sin amparo y derechos, dejándonos convocar a “una alegría que lo sea para todo el pueblo”. Y no se trata de un pensamiento piadoso para el momento. Es la clave y el criterio que el Jesús adulto nos entregó para valorar lo que hacemos o dejamos de hacer cada día. Navidad no es sólo el 25 de diciembre; es una manera de reconocer y acoger a Jesús en la cotidianidad de nuestra sensibilidad y solidaridad para con las personas que tienen como alojamiento un “pesebre”, es decir una condición de vida no digna y humana.

La misa del día nos propone leer el prólogo del evangelio según san Juan. Sin pretender un comentario del texto por sí mismo, solo quiero sugerirles un par de reflexiones para su lectura en esta fiesta de Navidad. Colocado al inicio del evangelio, parece tener su origen en un antiguo himno cristiano en torno a la Palabra eterna de Dios, que se ha hecho carne en Cristo Jesús. Vemos en el Prólogo anunciados los grandes temas e imágenes del evangelio: Palabra, vida, gracia, verdad, luz, carne, conocimiento

de Dios, hijos de Dios; así como el aspecto conflictivo en que se hace camino: tinieblas-luz, Ley-gracia, acogida-rechazo... Las palabras del prólogo constituyen la mejor formulación teológica del misterio de Navidad: La Palabra que era Dios, que al final es designada como el Hijo único que es Dios, se hizo carne, nuestra carne, y puso su morada en medio de nosotros. El versículo 14 lo dice todo: “Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad”. Navidad, encarnación. es clave central de nuestra teología y de nuestra espiritualidad. Ya no se puede hablar de Dios “cristianamente” sin hablar de su carne, nuestra carne, la carne de la humanidad sufriente y esperanzada. Ni se puede entender una espiritualidad “cristiana” sin vivirla “encarnada”. A Dios –su misterio escondido- lo encontramos revelado en los seres humanos; y de manera más patente y contradictoria, en los insignificantes, vulnerables, los sin derechos, los del “pesebre”, El prólogo de Juan habla de “carne”, que denota condición humana, solidaridad con todo lo humano. El relato de Lucas habla de “pesebre”, que recuerda vulnerabilidad e insignificancia social, pobreza y sufrimiento. Jesús en su nacimiento y en su vida asumió esa doble dimensión y desde ella nos dio la capacidad para ser y vivir como hijos e hijas de Dios.

Navidad fiesta de familia y de regalos. El regalo es Dios mismo. “Hecho carne” nos convierte a todos y todas en una gran familia con él. Teológicamente, de parte de Dios, así es ya se cumple. Históricamente, de parte nuestra, es la gran tarea por realizar.